

Fitzgibbons, Athol,
The Nature of Macroeconomics. Instability and
***Change in the Capitalist System,* Edward Elgar,**
Cheltenham & Northampton, 2000

La lectura de los dos magníficos libros previos de Filosofía de la Economía de este profesor de la Griffith University de Australia, uno sobre Adam Smith (1995) y el otro sobre John Maynard Keynes (1987), me volcaron a leer este tercero en cuanto pude obtenerlo.

Se trata de una reflexión filosófica sobre las dificultades de la Teoría macroeconómica para explicar y predecir hechos de la economía real. Tiene que haber alguna razón para la volatibilidad económica y financiera a la que cíclicamente se enfrenta la economía mundial. La Teoría macroeconómica, sostiene Fitzgibbons, no puede reconocerla pues su método es inconsistente con los fenómenos que trata de explicar.

En la primera parte del libro el autor plantea su tesis general. El problema macroeconómico no reside en la racionalidad o irracionalidad de las acciones. Las acciones son habitualmente racionales pero la información es incompleta. Las decisiones no pueden estar completamente determinadas cuando falta información relevante. Es decir, la ausencia de conocimiento perfecto es suficiente para explicar las crisis: hay un conocimiento no cuantificable que no se tiene en cuenta o que es contingente. Simultáneamente, la Macroeconomía pretende tener conocimiento perfecto, no deja lugar a lo no cuantificable. Por tanto, el problema es metodológico: el método de la Microeconomía no puede considerar fenómenos como los reales. “La ciencia macroeconómica presupone un estado de conocimiento que es inconsistente con los fenómenos que se supone que debe explicar” (p. 13). En efecto, si hubiera conocimiento perfecto, las crisis serían tan extrañas como los locos. El mismo fundador de la Macroeconomía, J.M. Keynes, en su *Treatise on Probability*, formuló una noción de comportamiento racional de tipo no cuantitativo. Pero las ideas de Keynes fueron “encajadas” en los parámetros metodológicos de la economía neoclásica. Otros keynesianos desarrollaron las situaciones en que Keynes reconocía irracionalidad o ausencia total de conocimiento, que eran, también, tan raras como los locos. Por eso, el problema de la Macroeconomía es que asume dos polos opuestos, ambos irreales: o conocimiento completo o ausencia total de

conocimiento. También Frank Knight tuvo claro que esto no era así. En 1921 escribió: “no hay ni ignorancia absoluta ni información perfecta y completa, sino conocimiento parcial”. El problema resultante es que la Teoría económica no tiene modo alguno de resolver la indeterminación que procede de las limitaciones de la inteligencia humana en una situación de incertidumbre (p. 30). La salida sería reconocer que es ciencia práctica, no ciencia positiva. Keynes también había pensado en esto cuando dijo que la Economía piensa con modelos pero debe contar con el arte de elegir el modelo adecuado para cada situación. Hay, por tanto, un elemento “artístico”. Pero la Economía, en cambio, ha confinado la incertidumbre al ámbito de la irracionalidad, lo que prácticamente significa afirmar que toda la vida es irracional. Es perverso y auto-limitante ignorar la información porque es incompleta. Sencillamente, nunca será completa.

Ahora bien, la aceptación del carácter práctico introduce la inexactitud propia de las conclusiones de este ámbito. Fitzgibbons dice al respecto: “Dado un estado de conocimiento parcial, las decisiones pueden cambiar en circunstancias constantes, o pueden persistir cuando hay cambios. El conocimiento parcial podría aportar la estabilidad o inestabilidad al sistema económico, pero siempre se escapa del poder predictivo de la teoría económica” (p. 62).

En la segunda sección del libro, Fitzgibbons analiza los modelos o teorías existentes y sus problemas. Se trata de la aplicación de las críticas formuladas más arriba a la teoría neoclásica, el keynesianismo tradicional, la propuesta de Edmund Phelps, la teoría de las expectativas racionales y el neokeynesianismo. También se plantea qué se puede hacer a nivel de Política económica. Al gobierno le interesa la macro y al mercado la micro. Los dos tienen información parcial; pero es precisamente esta parcialidad la que puede hacer triunfar una política macro: el gobierno fija una creencia que, si es persuasiva, orienta a los agentes. Las políticas macroeconómicas sólo son efectivas porque el mercado no es tan omnisciente como piensan los clásicos; pero siempre son imperfectas, precisamente porque éstos no están suficientemente informados y, por eso, pueden funcionar mal. Fitzgibbons termina la sección con una sabia recomendación: “Siempre habrá algún elemento arbitrario en cualquier política macroeconómica, pero una sociedad libre sabría qué hechos y valores han sido considerados como relevantes y cuáles serían los cursos de acción alternativos. Los juicios involucrados en la implementación de la política gubernamental deberían ser declarados abiertamente. Una valoración franca de la situación que reconoce los méritos y amenazas de las alternativas es, sin duda, más consistente con la democracia y el compromiso con la verdad que la construcción de mitos acerca de la inhabilidad del gobierno o del mercado” (p. 120).

La tercera parte del libro se titula “Economía y razón práctica” (título que me resulta familiar, pues es el de mi tesis doctoral). Aparte de alguna imprecisión menor acerca de la noción de razón práctica, la esencia de su propuesta es que Keynes volvió, quizás influido por la tradición aristotélica de Cambridge, a la idea de la posibilidad de decisiones racionales en ámbitos imperfectos. Tanto en el texto como en el apéndice final se trata el discutido posible arrepentimiento de Keynes en relación a estas ideas, a propósito de la crítica de Frank Ramsey a su *Treatise on Probability*. El tema es de especialistas y a mi juicio está muy bien orientado. Fitzgibbons piensa que hay continuidad en el pensamiento de Keynes.

Sólo nos queda la conclusión, en la que el autor repite algunas ideas previas. Es una pena que su estrecho concepto de ciencia de la Economía no le permita abordar las cuestiones reales. ¿Deberían los meteorólogos, se pregunta, limitarse a estudiar el clima de la Luna porque el terrestre obedece a comportamientos no científicos y complejos? Y concluye: “los efectos impregnantes del conocimiento no cuantitativo deberían conducirnos a concluir que tanto las políticas gubernamentales como el mercado son imperfectos. La mano invisible es inestable y los ‘filósofos-reyes’ son tuer-tos. Pero el hecho de que la perfección no sea de este mundo no debería conducirnos a una parálisis política. Aún es posible ser prácticos combinando conocimiento y ciencia con inteligencia y percepción moral, con la esperanza razonable de que ello nos llevará a una dirección deseable” (pp. 145-146). Sólo una observación. Aunque Fitzgibbons no nos hable de la libertad como una causa de la indeterminación, ésta está subyacente. De todos modos, se hubiera agradecido que la considerara expresamente.

Ricardo F. Crespo

